

66925
T335

ENRIQUE CELIS BRICEÑO

X

B29

T4V2.7

ANTECEDENTES POLITICOS
DE LA
LIBERTAD PERUANA

CARACAS
EDITORIAL SUR--AMERICA
1924

A Pablo Celis Briceño.

VEREDICTO

La Comisión que suscribe, designada por el ciudadano Rector de la Universidad Central de Venezuela, de conformidad con el artículo 77 de la Ley de Exámenes y de Certificados y Titulos Oficiales vigente, para el estudio de la Tesis "Antecedentes políticos de la Libertad Peruana", presentada por el ciudadano E. Celis Briceño, para optar al título de Bachiller en Filosofía, la ha estudiado detenidamente y la aprueba, sin ser responsable de las ideas que contiene.

Caracas: 9 de enero de 1925.

Alejandro Urbaneja.

Antonio M. Planchart.

Pedro M. Arreaza Alfaro.

ANTECEDENTES POLITICOS DE LA LIBERTAD PERUANA

Las ideas revolucionarias suscitaban en los aislados haces de pueblos que creó la Monarquía española, una aproximación desconocida hasta entonces, una corriente simpática que los ligaba con nuevos lazos formados en la política y en la guerra.

A la expansión unificadora de Bolívar en el norte, correspondieron hacia el mediodía las expediciones afortunadas de San Martín, constituyendo así como el vasto campo de una sola acción.

De Chacabuco y Maipó nace Chile; de Boyacá y Carabobo surge la Gran Colombia, encarnación de las victorias. Pero ambas patrias veían en la zona intermedia una espada tendida contra su corazón. Chile, el primero, ante la impotencia heroica de los peruanos, va en busca de su libertad. Colombia, entretanto, franquea su camino en Pichincha y Bomboná.

Dentro de este cerco triunfante el realismo se reducía a un núcleo desparramado por las sierras del Perú y aniquilado en el mar, pero que todavía, bajo el man-

do del Virrey La Serna, rechazaba las últimas ofensivas patriotas con sus nueve mil hombres distribuidos entre Huamanga, Arequipa, el Cuzco, La Paz.

Un suceso de trascendencia tuvo lugar entonces en el orden interior del Perú. Su Protector, el general argentino que con los chilenos había logrado en parte libertarlo, se retiraba del mando después de crear un gobierno afianzado en todo el litoral y en el norte lleno de recursos. Diversas circunstancias contribuyeron a esta extraña decisión de San Martín, que lo apartaba de su propósito de liberar completamente el país. Dos años llevaba ya en su campaña, y si bien los resultados no fueron pocos, parecía que su temperamento enfermizo sumido en las agitaciones continuas de Lima, quitábale toda eficiencia para movilizar de nuevo la guerra. Desde mucho antes repugnaba una administración que forzosamente había aceptado, por poco tiempo, y cualquier interpretación que se dé a estas sus manifestaciones públicas y privadas, debemos reconocer sin embargo, una ausencia de ambición, consecuencia acaso de la personalidad declinante. Por otra parte, en el ejército, los chilenos rivalizaban con los peruanos por los ascensos que hacía San Martín; los colombianos querían repatriarse y los argentinos estaban relajados en la disciplina por la desobediencia de aquél a las ordenes de Buenos Aires. Quejándose primero de que no se les daba el prometido reposo y a poco de que se perdían brillantes ocasiones de acción, los soldados se consumían en la inercia o sufrían el desaliento de la derrota.

Importantes elementos como Crochane, Necochea, Martínez, se indispusieron con el Protector, a quién según sus palabras le faltó el valor para fusilar a Las Heras. Se le formó una oposición numerosa a su carácter e ideas políticas, buscando de blanco para velar los ataques, al Ministro Monteagudo hasta destituírsele, creando

para el orgullo altivo del Protector, una odiosa innovación hasta donde no iba a descender.

Fué también de este período la entrevista que tuvo en Guayaquil con el Libertador, el 26 de julio de 1822, de la que según algunos se separó disgustado el Protector. Allí no satisface su deseo de anexar al Perú esa provincia, Guayaquil, tomada con mejor derecho por Colombia a pesar de la actitud que tuvo entonces el gobierno de Lima.

Las ideas monárquicas y los proyectos de importar príncipes y de erigir tronos, que tan sincera y desinteresadamente profesó San Martín, son impugnadas en la conferencia por el Libertador, quien debía consagrar a este capital problema de la reorganización, el vigor de su genio y todas las energías de su influencia.

Los planes militares tampoco aproximaron a los dos jefes. San Martín persistía en la idea de un ataque por Intermedios, mientras se inquietaba al enemigo por el norte. Así fracasaron Tristán, Alvarado y Santa Cruz, aunque fuese el plan lo menos que influyó. El Libertador sostuvo el plan genésico de Junín y Ayacucho. En cuestión de auxilios los ofreció a San Martín generosamente, pero interesado vivamente por los soldados de Colombia y por un suceso que le era tan importante, el Libertador advirtió que en caso de desprenderse de su ejército no cedería a ninguno la dirección de la guerra, como era muy natural. Esto en momentos en que San Martín no era auxiliado por Chile ni Río de la Plata. Se ha escrito sobre una oferta de sus servicios que hiciera el Protector al Libertador y de la negativa de éste para aceptarlos. De ser cierto el detalle, más cierto sería que bien podía allí prevenirse el ardor republicano contra las eventualidades fatales del monarquismo.

También espíritus mezquinos han querido explotar este encuentro tan glorioso para el Libertador, con las

palabras atribuidas a San Martín de que ambos no habían en el Perú. En contra del lenguaje de notas y comisionados oficiales del Protector, en contra de su cierta invitación a Bolívar para que pasase al Perú a continuar la guerra, no realizada por éste por carecer del permiso del Congreso, en contra de toda la conducta posterior de San Martín que no aceptó llamatos para volver al Perú después, en contra en fin de las conocidas circunstancias que determinaron su marcha, estas mal intencionadas palabras atribuidas al general argentino sólo revelan el bajo anhelo de empañar, con pequeñeces que ni se fundan ni deben apreciarse, el hecho resplandeciente de la libertad peruana que dieron las invencibles armas de Colombia. Si la entrevista de Guayaquil contribuyó con sus impresiones a decidir la partida de San Martín, no lográndose una mutua inteligencia ni en lo político ni en lo militar, no debe encontrarse ni se encuentra nada pequeño donde sólo resaltó el ideal boliviano de consolidación continental de su obra en el norte, la plena conciencia de una capacidad de hacerlo que se demostró con los triunfos inmediatos, y en suma, la manifestación del natural desarrollo de tendencias políticas que eran la más alta expresión de sabiduría.... Creo más bien que el Protector en las horas de su glorioso retiro de Mendoza, amargadas alguna vez por algún recuerdo de Lima, sólo tuviera la más pura alegría al contemplarse el porvenir del Perú maltrecho y desgraciado, pero con la fortuna de estar ya en brazos del Libertador....

El Congreso reunido en Lima, compuesto de notabilidades del país y de antiguos servidores de la causa patriota, aceptó la renuncia de San Martín. Compartió en seguida el poder con un triunvirato que llevó el nombre de Junta Gubernativa, constituida por La Mar, colombiano, Alvarado, argentino y el Conde de Vista Florida,

peruano. Este extranjerismo de la Junta suscitó el primer choque con el Congreso al dictar éste una Ley que sólo admitía a las vacantes de los empleos militares a los naturales del país. Se produjo entonces una reacción nacionalista que se orientaba a privar el Perú de toda influencia de los auxiliares, en tal forma y con tanta ceguera y exageración, que a la nota en que el Libertador exponía su inquietud por la suerte de la guerra y ofrecía cuatro mil hombres más, fuera de la división ya en marcha bajo el mando de Paz del Castillo, trazando a la vez en dicha nota un plan urgente, se contestó por la Junta de una manera despreciativa, alegando no necesitar por el momento sino el mayor número posible de fusiles, cuando en realidad eran otras las circunstancias. Contribuía a fomentar esta atmósfera anti-colombiana, el asunto indeciso sobre la pertenencia de una provincia limitrofe, Jaen de Bracamoro, que fué ocasión de graves comentarios en las sesiones secretas del Congreso de Lima. Si antes Guayaquil, anexado a Colombia, en virtud de la constitución colonial y del voto popular, estuvo a punto de ser motivo de un rompimiento entre los gobiernos de Bogotá y Lima, ahora también otro pedazo de tierra parecía dividir la acción de los patriotas. El tremendo clérigo Luna Pizarro, nervio de la política sucesora de San Martín, quería agriar también a Bolívar y aprovechaba esta oportunidad para inferirle supuestas miras ambiciosas contra el destino de la nación. Secundaron esta infundada y ciega tendencia antiboliviana en memorable sesión del Congreso, Olmedo, el mismo que después iba a rendirse ante las glorias de Junín para canchales, Unanue y Ortiz, que agraviaron entonces con su insidia el claro nombre del caudillo colombiano. Pero ante ellos, el sabio Tudela, que nunca cultivó relaciones con el Libertador, sostuvo con carácter su buena fé, sus altos deseos con respecto a la libertad peruana, que eran evidentes y sólo podían desconocerse por intrigantes sin

escrúpulos. Así encontraron a su arribo a Lima los primeros auxilios colombianos, una atmósfera hostil y vanamente nacional. Paz del Castillo, Jefe del contingente, con sus soldados desnudos, después de una campaña penosa y larga, en el rigor de las aguas, no recibe cumplimiento por parte de la Junta Gubernativa, de lo pactado con San Martín sobre las condiciones del auxilio, ni se le reconoce la orden de obrar su división siempre unida, que Bolívar le dió con facultades para hacerlo y con pleno conocimiento de causa. En vista de esta actitud, Paz del Castillo resuelve repatriarse, víctima de las tendenciosas imposturas de los dirigentes peruanos que menospreciando unos refuerzos de consideración perdían el tiempo en fútiles rencillas con grave daño de la libertad. Los sucesos inmediatos justificaron la decisión del enérgico Paz del Castillo: Arenales, el jefe de la expedición chilena se orientaba en igual sentido; el desastre militar de la Junta y su caída en medio del mayor desprestigio, comprobaron la prudencia con que los colombianos se negaron a tomar parte en las fracasadas combinaciones. En nota especial el Libertador impartió su aprobación a Paz del Castillo que se había ceñido a sus órdenes terminantes, fundadas en que no habiéndose aceptado nuevos y poderosos auxilios, por dudarse de la rectitud de sus deseos con respecto al Perú, quedaban expuestos los soldados colombianos a una fatal derrota y ya tan sólo había lugar de pensar en salvarlos. La negativa de Paz del Castillo a obrar bajo el mando de Arenales, debido a que éste se dejaba guiar por una camarilla de traidores españoles, contribuyó también al fracaso de la acción militar de la Junta Gubernativa. Pero la causa principal del desguazo de las tropas en Moquegua y Toratá debe buscarse en la desconcertante inactividad de los dirigentes y su falta de tino para aprovechar los auxilios, como también en los vicios del plan y más que todo en la disposición sin experiencia de un ex-

pedicionaro tan inepto como Don Rudecindo Alvarado. La derrota del sur precipitó, sin embargo, un cambio fecundo en la política limeña. Los jefes del ejército, atinadamente sordos a la reciente ley sobre eficacia de las deliberaciones tumultuarias con que el Congreso esperaba sostenerse, lo coaccionaron con un manifiesto y movilización de armas, pidiendo como jefe del Gobierno a Don José de la Riva Agüero, patriota inquieto que representaba activas tendencias entre la baraúnda de pasiones e intereses. Obtenido su nombramiento, Riva Agüero procedió con entusiasmo a rehabilitar el ejército destruido, hizo crear nuevos cuerpos de peruanos y resuelto el plan de una nueva campaña por el sur, activó con éxito el envío de soldados y dineros de Chile, trabajó por la desesperada cooperación de Buenos Aires, coincidiendo sus proyectos con la realización del empréstito de Londres que venia a vigorizar la agónica hacienda.

Pero la reacción más valiosa de los últimos sucesos consistió en hacer resaltar definitivamente, olvidando oscuras suspicacias, la necesidad imperiosa que sentía el Perú de una cooperación como la del Libertador. Enviósele de plenipotenciario al general Mariano Portocarrero, quien celebró en Guayaquil un tratado con Paz del Castillo, representante de Colombia, que tuvo entonces la satisfacción de que las condiciones anteriormente rechazadas, causa de su retiro, fueran la base del nuevo entendimiento para el envío de seis mil hombres, que ya la actividad imponderable del Libertador secundada por una vigilancia previsiva tenía preparados, en tal forma, que a sus pactos siguió en pocos días la marcha de tan poderoso contingente.

El general Sucre fué nombrado Enviado Extraordinario y Jefe de la Expedición. El Congreso de Lima, en visperas de una nueva campaña, con un orden interior vacilante y sin un político de poderoso prestigio

que alejara la anarquía, ni un militar de capacidad que unificara el ejército, aclamó a Sucre y votó el nombramiento de una comisión que, formalizando la invitación de venir al Perú que Riva Agüero había hecho al Libertador, arreglara en Bogotá su venida.

Un detalle de entonces revela la fatal división del espíritu público. Habiendo Sucre organizado en la capital cuarteles para instalar su división, se interpretó este hecho como demostración de que secundaría los planes de Riva Agüero en política interna, pero el Ministro colombiano dirigió al mismo tiempo una nota al Congreso para desvanecer toda sospecha ofreciéndose como garantía del orden público y de la libertad de la representación soberana.

Entre tanto los realistas animosos con sus recientes triunfos e ignorando la decisiva cooperación de Colombia, resolvieron ocupar la capital, movilizando el Virrey las fuerzas del Centro al mando de Valdez, mientras aseguraba sus posiciones entre Huancayo y el Valle de Jauja con Canterac en el norte, y hacia el sur, en Arequipa, con Carratalá y en el Alto Perú con Olañeta.

Esta amenaza inmediata anticipó lo que venía desarrollándose en Lima y el general Sucre fué nombrado por el Congreso Jefe Supremo del ejército, cargo que aceptó ante el peligro inminente y después de sucesivas exigencias a las que correspondió diciendo que no era él sino Bolívar el llamado a imprimir la ansiada unidad entre los militares, ejecutar un plan seguro y aportar una larga experiencia y genio extraordinario que pudiesen imponer el sacrificio de todos los pequeños intereses supeditados hasta entonces a la libertad nacional. La exaltación espontánea de Sucre por el Congreso no fué, como lo han escrito algunos mal intencionados intérpretes, consecuencia de sus ofertas al cuerpo soberano, pues fueron repetidas sus negativas expresadas con sinceras ex-

presiones donde resalta la delicadeza sublevada del general colombiano y su gran neutralidad. Y si los críticos momentos proporcionaron ocasión de que se revelara más el estado anárquico, debe ahondarse su causa en el origen vicioso del gobierno de Riva Agüero y en los elementos de discordia que desde mucho antes minaban la estabilidad de los poderes, pero jamás en la discreta y clara actuación del jefe aliado cuya misión estaban ellos haciendo más delicada y difícil.

No contando con fuerzas suficientes que oponer a la concentración que había realizado ya Canterac, Sucre resolvió desocupar la capital, paso que le era muy sensible aunque no era tan importante, pues el puerto fortificado del Callao ofrecía la seguridad de las armas y las amplias posibilidades del mar.

El Callao fué entonces el centro donde se agitaban todos los políticos anarquizados. Santa Cruz y su ejército del sur, La Fuente y sus fuerzas en el norte y la escuadra bajo el mando de Guisse sustentaban los manejos del Presidente Riva Agüero. Torretagle, Gobernador de la plaza, aspiraba a sustituirlo con su prestigio entre una fracción de la tropa. Por otra parte, entre los diputados, algunos no habían olvidado el golpe que determinó la Presidencia de Riva Agüero, hostilizándole y aumentando el desprestigio con que la grave situación minaba ya su poder. El Congreso, a su vez, estaba amenazado en su *quorum* con el abandono de sus miembros y para mantener su autoridad se vió en la necesidad de crear una ley de que veintiocho diputados bastaban para constituirlo. Y en la pendiente de sus disensiones con Riva Agüero, resolvió dar al general Sucre una autoridad suprema que afectaba los poderes del Presidente, disimulando la finalidad del acuerdo con la disposición adjunta de que todo el alto tren oficial debía trasladarse a Trujillo. Riva Agüero reaccionó contra tales propósi-

tos alegando mejores condiciones en el Callao y se opuso a la traslación, lo que dió lugar a que el Congreso decretara su destitución y le expidiera pasaportes. Entre tanto Sucre, lejos de aspirar a aumentar sus facultades, renunció su primer cargo movido por el desorden e indisciplina de las fuerzas del Callao, la discordia creciente entre los representantes del país y las responsabilidades que tenía como jefe de una división importante de su patria, pero su firmeza y resolución manifestadas en sucesivas negativas se estrellaron contra las urgencias del Congreso que antes bien le ofrecía la dirección dictatorial que Sucre hubo de aceptar según sus propias palabras para no desairar a la nación peruana, pero limitándose a ejercerla donde dirigiese la guerra y en los lugares que fuesen base de operaciones. Su estricta neutralidad entre las encendidas banderías quedaba a salvo con la larga comunicación que hizo al Cuerpo Soberano y donde en medio de escrupulosas sugerencias tendientes a remediar la situación, exponía que su nombramiento sin pase del Ejecutivo no sabía si debía atribuirle fuerza de ley, pero en respuesta el Congreso que le aclamaba presentóle al pueblo del Callao como el único salvador de la patria. Sucre no quería servir de instrumento a la hostilidad del Congreso contra Riva Agüero, y al efecto fomentó una nueva combinación que pudiese proporcionar al Presidente depuesto brillante oportunidad de hacer un gran servicio al país entendiéndose con los diputados. Celebró con Riva Agüero un generoso convenio en que ambos se acordaban sobre las futuras operaciones militares. Y por su parte el Congreso suspendió sus disposiciones destitutorias rehabilitando a Riva Agüero, que trasladado a poco a Trujillo continuó en la disensión disolviendo peregrinamente el Congreso y constituyendo con adictos un nuevo cuerpo como Senado Consultivo de la República. Sucre procedió a ocuparse en el sur de salvar la expedición de Santa Cruz que desoyen-

do sus insinuaciones se precipitó en el desastre, mientras en el norte se complicaba más la situación de los altos poderes. El Congreso, ya trabajado en su autoridad por diputados volubles que se acomodaron con el realismo, se encontró disuelto por el Presidente que hasta había deportado siete de sus miembros. Los notables de la capital suscribieron entonces un manifiesto pidiendo se convocase de nuevo la representación nacional, y trece diputados existentes en Lima, admitiendo suplentes de suplentes, la constituyeron nuevamente. Su primer paso, después de haber habilitado los renegados de la víspera, fué destituir otra vez a Riva Agüero. En su marcha al sur, Sucre, mientras regresaba el gobierno trasladado a Trujillo, había dejado la capital en manos del Marqués de Torretagle, aspirante solapado que al tiempo que escribió a Riva Agüero reconociéndole, influía en el Congreso por que se decretara, como se hizo, su destitución, a la vez que limpiaba la administración y el ejército de todo elemento de Riva Agüero, quien sostenía en Trujillo sus pretensiones de conservarse a todo trance en la presidencia, buscando robustecerse con las sutilezas de la ley y más y mejor todavía con las combinaciones de su audaz dinamismo. Pero Torretagle, más acondicionado con la fuente legítima de autoridad, obtuvo por hábiles manejos el ser electo Presidente.

Estas eran las novedades que iba a encontrar, a su arribo a la capital peruana, el Libertador de Colombia.

Un instinto poderoso del alma colectiva saludó con júbilo en el Héroe de América al enviado providencial que el Perú requería para alcanzar su libertad y reorganización definitivas. Bolívar, ya libre de la rebelión de los pastusos y con la tardía autorización de Bogotá, llegaba en momentos en que la ambición desapoderada del caudillaje, frente a un enemigo activo y vigilante, ponía

en inminente riesgo al Perú y amenazaba la tranquilidad de Colombia.

A pesar de que la escrupulosa conducta de Sucre en sus relaciones con la soberanía peruana habían de antemano esclarecido los altos propósitos que dirigirían la acción colombiana en asuntos internos, la intriga concebía esperanzas de utilizar también en sus fines estos nuevos auxilios, como lo pretendió cuando hubo de tentar a San Martín en Mendoza o cuando asedió la incorruptible entereza del Ministro de Colombia. Riva Agüero y su Senado Consultivo felicitaron al Libertador para sondear su opinión y tratar de atraérselo. Pero como la crisis constitucional de la nación había terminado con la reunión del Congreso legítimo y la elección del nuevo Presidente, Bolívar no vaciló un momento en robustecer la legalidad cuyo triunfo coincidía admirablemente con su importante viaje. En estas circunstancias, el Congreso ante el desenfreno de Riva Agüero que no perdonaba medios ni daba punto de reposo para imponerse, ante la amenaza realista, buscando sacar el mejor partido de tan vergonzosa situación, libremente confió al Libertador de Colombia, solicitado por todos, un supremo poder que salvaría el país y que estaba tan en el orden de las cosas como que iba a recaer, fuera de caudillos anarquizados e improvisados, en un hombre genial con largos años de incontables sacrificios por la libertad americana y presente allí con todo el esplendor de sus grandes victorias. El Libertador al aceptar la difícil misión, decía: "hubiera preferido la pérdida misma del Perú al espantoso título de Dictador.... Mi autoridad no pasará del tiempo indispensable para prepararos a la victoria".

Así la soberana representación del Perú compensaba con este poder dictatorial las funestas consecuencias que los manejos del ex-Presidente Riva Agüero y del Pre-

sidente Torretagle, en traidora y cinica connivencia con los realistas, traerian para la causa de la Libertad.

La Dictadura palió los dolores del Libertador en el huerto de Pativilca, siendo a la vez la mayor contribución que el Perú hizo para obtener a Junin y Ayacucho.

ENRIQUE CELIS BRICEÑO.

Caracas: 9 de Diciembre de 1924.

sidente Torretagle, en traidora y cinica connivencia con los realistas, traerian para la causa de la Libertad.

La Dictadura palió los dolores del Libertador en el huerto de Pativilca, siendo a la vez la mayor contribución que el Perú hizo para obtener a Junin y Ayacucho.

ENRIQUE CELIS BRICEÑO.

Caracas: 9 de Diciembre de 1924.
